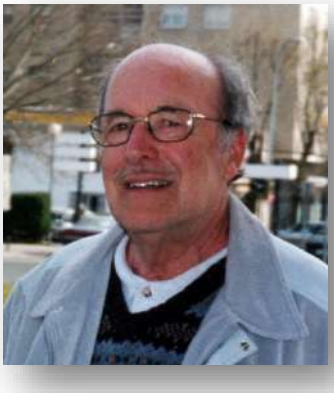
Accésit
GRAHAM LONG

Las memorias españolas vistas a través de los ojos de un extranjero



Los caminos hacia la Memoria Histórica y la Memoria Democrática son diversos, y a veces bastante largos. He querido en este relato rastrear el camino mío, que tiene sus orígenes en una ciudad del sur de Inglaterra, donde nací el 11 de mayo de 1936. Esta es la mismísima fecha en que Manuel Azaña bajaba de su carruaje en el Parque del Retiro de Madrid para ser investido como Presidente de la República. Aunque yo no lo supiera, esta coincidencia debe haber sido la primera señal de que este país y su lengua iban a ser mi destino en la vida.

Los estudios del español empezaron cuando tenía 14 años, y teniendo 16 nosotros los chavales del instituto inglés nos encontramos con las aventuras de un cierto Lazarillo, quien se afrontaba a las mezquindades de sus varios amos. Me apeteció la lectura de este pícaro, y unos años después me encantaron las conversaciones entre don Quijote y Sancho. Los años pasaron, y salió el libro de Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, donde se pudo saber por primera vez para un gran público fuera de España la verdad escondida detrás de los atropellos y las brutalidades cometidos por el régimen franquista. ¿Qué sabíamos del verdadero estado de cosas durante y después de la Guerra Civil? Los europeos tenían tantas cosas entre manos durante la II Guerra Mundial como para prestar mucha atención a la llegada del fascismo a España.

Algunos incidentes de la guerra de España se reflejaron, sin embargo, dentro de mi familia. Mi padre empezó a referirse a mí como su 'niño vasco'. Se veían en la prensa británica fotografías de los barcos republicanos que huyeron desde Bilbao y de la costa cantábrica y llegaron a los puertos franceses. Los pobres niños llevaban generalmente unas caras de desgraciados y de tristeza profunda. ¡Aparentemente, yo a esta tierna edad llevaba una expresión parecida! Una sardónica gracia para mis padres, pero una triste desgracia para los huyentes republicanos.

Otro incidente que impresionó a mi padre fueron los bombardeos de Madrid y la manera en que los madrileños se enfrentaran a ellos. Como muchísimos británicos de entonces vivíamos en una casa de dos pisos, el dormitorio en el segundo piso. Mi

padre se enteró de que la experiencia de los madrileños indicaba que era mucho mejor, y más seguro, encontrarse en el piso de abajo en el momento del bombardeo, dejando caer encima los escombros, más bien que caer uno mismo junto con los escombros. Por lo cual mis padres decidieron trasladar las camas al cuarto de estar durante nuestra 'propia' guerra, entre 1940 y 1945, la de la II Guerra Mundial.

Por azares de la vida me encontré en Suecia a la edad de 22 años, y me puse a seguir mis estudios del castellano en la ciudad de Gotemburgo. Otro enlace con Manuel Azaña fue mi elección para una tesina de un estudio del quijotismo interpretado por tres autores españoles: José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno y Azaña. Mi mujer y yo, eligiendo San Sebastián de los Reyes para nuestra jubilación, tuvimos la ocasión de viajar varias veces entre Madrid y Suecia, y aproveché la oportunidad de visitar la tumba de Manuel Azaña en la ciudad de Montauban al norte de Toulouse en Francia.

Entretanto, después de la muerte del dictador, varios historiadores han revelado la extensión de la crueldad y la bestialidad de los 40 años de dictadura franquista. La Memoria Histórica ha facilitado ciertos recursos para buscar los restos de las víctimas del franquismo. Yo no podía menos que pensar que todos los países europeos respetan su memoria histórica de una forma u otra. La Ana Frank de los Países Bajos es un destacado ejemplo. Se le ofreció a Audrey Hepburn para la película hollywoodense el rol de la chica judía que se escondió durante varios años, pero ella, de padre británico y madre neerlandesa, se negó a participar, traumatizada ella misma por las tribulaciones sufridas por el pueblo neerlandés bajo la ocupación nazi. Tú viajas por Francia y cerca de Limoges encuentras el pueblo de Oradour, que queda intacto como los nazis lo dejaron en 1944 después de asesinar a todos sus habitantes: ruinas para recordarnos de las maldades del fascismo. En el norte del país sabemos que la costa de Normandía es el escenario de muchos recuerdos, con homenajes a los hombres y a las mujeres que cayeron en la lucha contra el nazismo. Caminas por las lúgubres sendas del antiguo campo de concentración de Auschwitz en Polonia en un silencio total, arrebatado por el horror que se ve y que se siente. "España es el problema", decía Ortega y Gasset… "Europa la solución". Consta decir que en línea con este argumento, la actual coalición de partidos políticos de la izquierda en España, poniendo fin al bipartidismo, sigue un desarrollo parecido en mucho de Europa. Los países nórdicos hace tiempo que están acostumbrados a formar alianzas; la Alemania de la Sra. Merkel llevaba muchos años en coalición con la SPD socialdemócrata; Gran Bretaña experimentó una coalición 2010-2015 entre los LibDem y los conservadores, y recientemente hemos visto los éxitos del geringonça del gobierno portugués.

No es cuestión de 'pasar página', tan preferido por la derecha española, y sencillamente hablar de "los dos bandos" como si fueran iguales de valor y ambición. El simple hecho es que una república democrática fue destituida por un golpe militar

de calibre fascista, y con la ayuda de los demoniacos emblemas de propaganda de Joseph Goebbels, el nuevo régimen empezó su tarea de convencer al pueblo español de que 'los rojos' estaban al punto de entregar al país a la Unión Soviética.

Esta postura no podía estar más lejos de la verdad. En aquel momento había más comunistas en Suecia que en España. Si hacemos uso de una frase actual de Yolanda Díaz, veamos los datos: en un Congreso de 470 diputados, había en la primavera de 1936 15 socios comunistas, apenas suficientes para llevar al país a las manos de los rusos. ¿De qué consistía el gobierno de aquella primavera? Entre los ministros, no había ningún comunista, no había ningún socialista, no había ningún anarquista. Todo el gobierno consistía de republicanos, de un matiz u otro.

"Spain is different", decía Manuel Fraga, Ministro de Información y Turismo en el gobierno de Franco. No se dio cuenta de la veracidad de sus palabras. En su último libro, *Tiempos recios*, Mario Vargas Llosa nos cuenta de los engaños que se escondían detrás de la invasión de Guatemala por parte de los Estados Unidos en 1954. Los presidentes Arévalo y Árbenz hicieron un intento de implantar algún tipo de modesto bienestar tipo socialdemocracia que los países nórdicos, Gran Bretaña, Francia y otros europeos habían instalado en los años 40 y 50. Fue la época del McCarthyismo y del inmensamente desproporcionado espanto estadounidense por un supuesto comunismo estalinista que amenazaba. Vargas Llosa, a quien apenas se puede acusar de albergar simpatías izquierdistas, admite en las últimas páginas de su libro que si los EE.UU. hubieran adoptado una política más sensata hacia las varias naciones latinoamericanas, habríamos evitado la larga sucesión de gobiernos militares que tristemente marcan a estos países en la segunda mitad del siglo XX. En cuanto a España, es el presidente Eisenhower quien firma un acuerdo con Franco para establecer unas bases militares en este país, justamente cuando gran número de los signatarios de las recientemente organizadas Naciones Unidas, con el fuerte apoyo de los republicanos exiliados, estaban al punto de condenar y rechazar la dictadura española y devolver al país a la democracia.

Esta circunstancia nos conduce a la cuestión de los motivos de los sublevados, un tema que a mi parecer no ha sido suficientemente aclarado por los historiadores. Sabemos que en 1911 Manuel Azaña recibió una beca de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, lo cual le permitió conocer la vida política e intelectual francesa y estudiar su Ejército, conocimientos que expondría en 1919 en su *Estudios de política francesa contemporánea. La política militar*. En la Constitución de 1931, España renunció a la guerra como instrumento de política. De todas formas, el país no estaba en condiciones de librar un conflicto con otro país a la vista de las graves deficiencias de sus fuerzas armadas. Uno de los principales problemas era el exceso de oficiales, cuestión que se arrastraba desde el final de la guerra de Independencia en 1814. La mayor parte del presupuesto se iba en el pago de salarios,

y no quedaban recursos para modernizar el armamento. ¿Qué hacer para modificar un estado tan calamitoso? Azaña admiraba Francia por su situación militar, además de su decisión en 1905 de separar Estado y Religión, resultando un laicismo que dejó libre a todos los ciudadanos a practicar la religión de su preferencia. El decreto del 25 de abril de 1931 concedía el retiro a los militares que solicitaron con el mismo sueldo de cuando estaban en activo. De esta forma, el número de generales pasó de 190 a 72, mientras el de los oficiales de 14.882 a 9.716. Uno de los decretos, el del 15 de junio de 1931, cerró la Academia Militar de Zaragoza, bastión de los generales más conservadores y militaristas. El director de esta institución era Francisco Franco.

Ya en democracia, el ministro socialista de Defensa Narcís Serra tuvo muy presente la experiencia republicana para no repetir sus errores. "Hay que hacer en diez años lo que Azaña intentó en dos", afirmó. Él y el presidente Felipe González no eran católicos practicantes, pero no tuvieron inconveniente en acudir a la celebración de la Inmaculada, patrona del arma de Infantería. Un ejemplo, quizá, de la falta de diplomacia por parte de Azaña a la hora de aplicar la ley. El hispanista Paul Preston ha escrito que "Azaña hirió la susceptibilidad del Ejército y emprendió su reforma sin creer necesario halagar el ego colectivo militar." No cabe duda de que una animosidad creció entre los militares dirigida hacia Azaña, especialmente entre los africanistas, y a mi parecer esto tenía mucho que ver con la sublevación en julio del 1936.

Y ¿cuál fue la reacción de las democracias de Europa del oeste cuando la conflagración estalló en ese momento? Gilbert Grellet, periodista francés que trabajó cinco años por la Agencia France-Presse en Madrid, nos ha ofrecido un resumen condenatorio del llamado Pacto de No-Intervención en su libro *Un été impardonable* ("Un verano imperdonable" en su traducción española). Más que nada por la insistencia del gobierno británico, este pacto resultó en la carencia de un apoyo al gobierno español en cuanto a armas de defensa, mientras los regímenes nazi y fascista de Alemania e Italia proveían a los sublevados de armamento, tanques, aviones y soldados durante los siguientes meses críticos del conflicto. Obviamente, los británicos, con su competente MI5 y Servicio Secreto à la James Bond, sabían todo lo que estaban haciendo los alemanes y los italianos. Según Grellet, Churchill, muy amigo de Léon Blum, primer ministro de Francia, a pesar de sus diferencias ideológicos, le visitaba con frecuencia en París camino de su residencia en el sur de Francia, y en una ocasión le dijo: "cuidado, Blum, con estos socialistas y comunistas españoles", y el pobre Blum, para salvaguardar la 'entente cordiale' entre los dos países, no quería mandar a España los muchos armamentos que existían en el sur de Francia. Dos años más tarde, después del cruelísimo bombardeo de los barrios obreros de Barcelona en marzo de 1938 por parte de la aviación de Mussolini, en que cerca de 1300 personas murieron, Churchill le dijo: "Blum, usted ha tenido razón". Pero en la primavera de 1938, cuando la masacre sucedió, casi era demasiado tarde, a pesar del enorme optimismo de Juan Negrín, y en el otoño la política de

contemporización del primer ministro británico Chamberlain frente a Adolf Hitler decidió el destino de la República española.

He sido testigo de una exhumación llevada a cabo de acuerdo con la Memoria Histórica. Fue en las Merindades, en el norte de la provincia de Burgos, en el cementerio al lado de las ruinas de la cárcel de Valdenoceda, de espantosa fama, donde entre 1938 y 1943 murieron 152 presos a causa de las malas condiciones. El Penal está en un lamentable estado, y al parecer ningún esfuerzo se hace actualmente para preservar el edificio como homenaje a los 1600 hombres y mujeres que fueron encarcelados allí. En el tablero del cementerio encima de las varias tumbas en que los voluntarios están buscando los restos de las víctimas, se pueden leer los nombres de dos presos procedentes de San Sebastián de los Reyes: Juan Martínez Sanz (casado) y Nicolás Navacerrada Montes (también casado). De Colmenar Viejo, nuestro municipio casi vecino, se lee el nombre de Eustasio Aparicio Jusdado. Fue un momento emocionante para mí descubrir estos nombres, y supongo que hay nietos y nietas en nuestra comunidad conscientes del último lugar donde descansan sus abuelos.

La Memoria Histórica en España la inventó, sin embargo, el General Franco. Fue el Caudillo quien pidió un censo de desaparecidos de la guerra, encargó a un grupo de expertos un protocolo de exhumación, y preservó por ley las fosas comunes para que no se construyera sobre ellas. Muy bien, pero ¡cuidado!: todo esto únicamente para las víctimas de su bando. En abril de 1940, el Ministerio de la Gobernación ordenó a todos los Ayuntamientos que adoptaran "medidas que garanticen el respeto a los lugares donde yacen encerradas las víctimas de la revolución marxista". Según su texto, "con el fin de evitar posibles profanaciones y guardar el respeto debido a los restos sagrados de los mártires de nuestra Cruzada, los Ayuntamientos acotarán y cerrarán, de modo provisional, pero que reúna las precisas garantías de seguridad, aquellos lugares en donde conste de manera cierta que yacen restos de asesinados por los rojos." Encontramos constantemente el mismo vocabulario: "muerto gloriosamente por Dios y por España", "aquellos que gloriosamente cayeron víctimas de la barbarie roja", etc. Investigadores de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica han buceado en los varios Boletines Oficiales del Estado y han desvelado las múltiples leyes, decretos y órdenes publicadas por esta fuente tan, digamos, oficial.

Este es, tal vez, el momento en que se puede preguntar por qué hay tanto desapego en la derecha de este país por reconocer las barbaridades cometidas por la dictadura militar. En noviembre de 2002, en la fecha misma de la muerte de Franco y la de José Antonio Primo de Rivera, el gobierno popular accedió finalmente a las proposiciones de la mayoría de los otros partidos y condenó la sublevación del 18 de julio. El Partido Popular pactó con todos los grupos del parlamento una resolución contundente, en la que se condena el alzamiento, se hace un reconocimiento moral

a quienes padecieron la represión de la dictadura franquista, y se prometen ayudas para reabrir las fosas comunes. La moción se aprobó por unanimidad. ¿Por qué, entonces, el partido nacional y los ayuntamientos donde gobiernan se niegan a financiar las exhumaciones que son muchas, y el trabajo incurrido en la tarea de honrar a las víctimas republicanas? Hay una contradicción aquí que realmente llama la atención.

Mi sueño es que la iniciativa tomada por la Asociación de la Comisión de Verdad de San Sebastián de los Reyes se repita en un sinfín de municipios a través de toda la superficie de esta brava nación. Es urgente, como se ha dicho muchas veces. La juventud y las generaciones que vienen necesitan saber cómo una república democrática fue agarrada por el cuello y estrangulada por un asesino movimiento mientras acciones parecidas estaban dando lugar en otros rincones de Europa. En Alemania se enseña el lúgubre pasado. Durante los ocho años de la República se reformaba una gran cantidad de instituciones, y dignos intentos fueron hechos para modernizar el país. El sufragio de la mujer, gracias en gran parte al coraje de Clara Campoamor, llegó sólo unos pocos años después de una reforma similar en Gran Bretaña, y 16 años antes de que Francia les otorgara el derecho a votar a la mitad femenina del país. Victoria Kent, Directora General de las Prisiones españolas, trajo un aire de decencia a las cárceles que habían quedado en condiciones a veces infrahumanas. Ella consideraba que la mujer española todavía carecía de la suficiente preparación social y política para poder elegir su voto, y posiblemente tuviera ella razón. En las elecciones nacionales de 1933 se ha dicho que fue el voto femenino que derribó la alianza republicano-socialista, aunque los socialistas habían cometido el error de retirar su apoyo a los republicanos. De todas formas, la sospecha es que las mujeres, sobre todo las del campo y de fuera de las grandes urbes, se dejaron convencer, o por el marido o por el sacerdote local, a votar a otras formaciones hostiles al gobierno del momento.

Hugo Chávez habrá tenido toda razón de sentirse orgulloso después de haber reducido el analfabetismo de Venezuela a principios del siglo desde 60% de la población a cero. Igualmente, y quizá frente a circunstancias mucho más entorpecidas, la República consiguió unos éxitos de maravilla en este campo. Una exposición organizada por El Mundo en Roquetas de Mar hace unos 15 años mostró cómo el número de analfabetos de la provincia de Almería se había reducido desde 61% a 18% en los años precedentes a la Guerra Civil. Parecidos triunfos podían contarse a lo largo del país, mientras el teatro ambulante de Federico García Lorca, La Barraca, contribuía al traer cultura y enseñanza a la España profunda. En un país donde en 1936 el campesino extremeño o andaluz ganaba 4 pesetas al día (los domingos no, porque no trabajaba, ni los festivos tampoco) y el ingreso anual medio del terrateniente era de 18.000 ptas., sería tonto negar que reformas agrícolas hicieron falta urgentemente. En 1931, un 75% de la población se repartía el 4,7% de

la tierra, mientras que un 2% se repartía el 70% de la misma. Además, se calculaba que el 38% de la tierra cultivable no era efectivamente aprovechada por sus propietarios latifundistas. No obstante, negación y rechazo hubieron, y somos sobradamente conscientes de la triste evolución.

Poco antes de jubilarme en Sanse me hice el sueco (¡) y adopté la ciudadanía sueca, aunque mi alma y mi corazón se hayan quedado en este país.

Lazarillo